

El drama de la juventud actual

por Antonio Medrano

En pocos sectores sociales se constatan de forma tan alarmante los efectos de esa vida desfalleciente y moribunda propiciada por el activismo como entre la juventud. Abandonada en un clima tan inhóspito, en ella se acusa con especial gravedad el impacto de semejante dolencia psíquica y espiritual.

Las nuevas generaciones apenas saben concebir otra cosa que el necio activismo del no hacer nada -nada, se sobreentiende, que sea positivo y merezca la pena-. Habiendo sido educadas en un ambiente de molición entontecedora, con un horizonte que se reduce a la actividad de la distracción y la diversión, sin misión alguna que cumplir ni tarea apasionante a desempeñar, difícilmente pueden llegar a saborear la vida y descubrir los valiosos tesoros que contiene.

Pocas cosas tan deplorables como el espectáculo de esta juventud perdida en la selva del asfalto sin saber qué hacer ni adónde ir, deambulando de un lado para otro, a la búsqueda de placeres prefabricados y epidérmicos que llenen al menos durante unos instantes su vacía existencia. Se pierden los días y las noches en una actividad sin sentido, tan extenuante como estéril; una actividad que a nada conduce y que nada reporta, ni al sujeto que a tal orgía se entrega, ni a la sociedad y al mundo en los que dicho sujeto vive, o mejor, semivive o malvive.

Sin la ocupación formativa y creativa, poética y heroica que sería la única que les podría llenar de verdad y hacer verdaderamente satisfactorias sus vidas, malgastan su patrimonio vital, derrochan y despilfarran sus valiosas energías. Desperdiciando su vida de forma lamentable entre copas y ruidos ensordecedores, siempre amenazados por el fantasma de la droga, van arrastrando su vida como un pesado lastre que se pretende disfrazar de divertida ligereza, como si fuera un cadáver que no queda otro remedio que llevar a cuevas y al que no se quiere mirar para no sufrir el espanto de ver lo que uno en realidad tiene tras de sí. Y el problema no hace sino agudizarse con el paso de los años.

En una sociedad donde se enseña a la juventud que el único fin de la vida es ganar dinero, divertirse y pasarlo bien, los hombres están abocados a militar en ese ejército extenuado y atormentado, lanzado en loca carrera tras la bandera agitada por los cuatro vientos, de que nos habla el Dante. Y los más jóvenes son las primeras víctimas de tan atolondrada forma de concebir y enfocar la vida, la carne de cañón de una actitud tan errónea como funesta.

La vida pasa para ellos de manera irreflexiva e inconsciente, sin pena gloria, deslizándose entre sus manos como moneda sin valor o como dinero que se ha ganado con demasiada facilidad. Casi se podría decir que pasa



por encima de ellos, sobrepasándolos y arrollándolos, o que pasa de largo ante sus narices, como si no les afectara o no fuera con ellos. Es algo que *les pasa*, mientras *pasan de todo*, es decir, mientras se desentienden de todo, incluso de su propia suerte y destino. La pasividad que llevan implícita las ideas de «pasar» o «pasarle a uno» se acentúa por esa demencia abúlica que es el «pasotismo», tan extendido entre los jóvenes de hoy. Asumiendo una postura existencial de irresponsabilidad, de vaciedad, de despreocupación y desinterés por lo realmente interesante y decisivo para vivir, se mueven como víctimas de la vida, mientras ésta se les va de las manos sin que sepan valorarla ni paladearla.

Obsesionados con la idea de pasarlo lo mejor posible, preocupados sobre todo por ver cómo se las ingenian para pasar el tiempo divirtiéndose -de nuevo la idea pasiva del *pasar*-, los más de los jóvenes pasan la vida en blanco, es decir, en vacío, sin llenarla de ningún contenido; la dejan cual blanca página, sin haber puesto o escrito nada sobre ella, y pasándola de manera indolente sin haber leído nada en ella, sin extraer de ella ninguna provechosa enseñanza.

Por este dejar y pasar en blanco las páginas del libro de la propia vida, por este pasarla o vivirla *in albis*, sin fruto ni disfrute auténtico, su experiencia semeja a la de aquél que pasa la noche sin poder aferrar el fruto anhelado de la misma, reparador y renovador de las propias fuerzas, que es el sueño, y de quien se dice coloquialmente que «ha pasado la noche en blanco» (actividad, por cierto, esta de pasar las noches en blanco que se ha convertido en una de las aficiones predilectas de la juventud actual, como elemento inseparable de la juerga y la distracción). Aunque, desde otro punto de vista, quizá fuera más exacto decir que quienes así viven pasan la vida en negro, por la tonalidad oscura, fúnebre, triste y luctuosa, netamente tamásica, que adquiere semejante actitud vital. Se trata, en verdad, de una vida negra, en la que, a la hora de hacer las cuentas en serio, uno acaba pasándolas negras, a pesar de que parezca estarlo pasando bomba. Al igual que la noche pasada en blanco, la vida neciamente blanqueada suele degenerar en pesadilla.

Lo deplorable de la situación queda bien patente cuando muere un joven de forma repentina e imprevista, ya sea a causa de un accidente de tráfico, de una reyerta callejera, de una grave enfermedad, de una sobredosis de droga o quizá de un suicidio -cosas todas ellas que, por desgracia, tienden a hacerse cada vez más frecuentes-. Cuando la vida del joven en cuestión ha discurrido por los cauces tan trillados del activismo de la diversión y del pasar el rato de manera trivial, no puede evitarse una sensación de vacío, de frustración total y de amargura, de absurdo y sinsentido al contemplar cómo se ha ido una vida sin pena ni gloria, sin dejar nada tras de sí. A la pérdida, siempre triste, de una vida joven, se añade la sombría constatación de que ha sido una vida inútil, estúpida, malgastada en vano.

Algo totalmente diferente ocurre cuando un joven muere por un noble ideal, dejando tras de sí una vida henchida de sano heroísmo, puesta al servicio de sus semejantes o entregada a una gran obra de transformación del mundo y de sí mismo. La tristeza de la pérdida de esa vida joven, truncada cuando todavía tenía mucho que ofrecer, quizá cuando más prometía, se ve compensada por la alegría de ver que se trataba de una vida que iba por buen camino, que no fue vivida en vano y que se va con una rica cosecha. La muerte puede incluso, en este último caso, ser vivida con una disposición sacrificial, aceptada como el sacrificio supremo, siendo recibida con gozo por quien ve en ella algo lleno de sentido, la culminación de una vida enfocada hacia la trascendencia y el designio de la Voluntad divina que guió los propios pasos en la existencia terrena.

Considerada de forma global -prescindiendo de las numerosas y honrosas excepciones que encontramos a diario-, la juventud actual presenta todos los síntomas del cansancio vital propio de la sociedad activista: su perfil es el de una juventud prematuramente envejecida.

Una juventud sin nada que hacer, que no se plantea la tarea de construir un mundo mejor y que no piensa más que en juerguearse, consumir y conseguir dinero para seguir con tan atolondrado tren de vida, es una triste juventud, verdaderamente poco juvenil. Más bien parece una senectud anticipada o una ancianidad de apariencia moza. En ella se da de forma químicamente pura esa fusión de infantilismo y senilidad a la que más arriba hemos aludido.

El juvenilismo, el culto a la juventud como valor en sí, ha venido a agravar este problema, pues ha dejado a los jóvenes inermes, privándoles de la guía que necesitarían para poder encauzar correctamente su vida. Creyendo que todo consiste en ser joven y que la mocedad lo disculpa todo, se ha ensalzando como virtudes las sandeces y los errores que cometen los jóvenes; se les ha inculcado que son ellos los que deben darse a sí mismos sus propias normas; se les ha animado e incitado a prescindir de la formación y orientación que les es imprescindible y que sólo les puede venir de personas menos jóvenes, pero con mayor sabiduría y experiencia.

Innecesario es decir que este juvenilismo va estrechamente asociado al activismo, siendo inconcebible sin él. No en vano la juventud es la edad de la actividad, de la inquietud y de la expansión, aunque con una general desorientación, lógica por otra parte. Esa veneración de la juventud, que hace estragos en nuestro tiempo, no es sino una hipnótica adoración de su fuerza activista.

Como causas de la actual crisis de la juventud, se ha señalado tres graves carencias que sufren los jóvenes en el mundo de hoy: la ausencia de un soporte afectivo (el sentirse amparado y querido), la falta de ideales (que den sentido a la vida) y el carecer de una misión (a la que poder entregarse apasionadamente y en la que proyectar sus energías vitales).¹ El diagnóstico

resulta bastante certero. Pero habría que transmitir a los jóvenes una idea clara: esas tres cosas que tanto necesitan -la afectividad, los ideales y la misión- hay que buscarlas activamente. Tienen que ser forjadas y conquistadas por el propio esfuerzo, y más en estos tiempos de crisis; no se puede esperar a que la sociedad se las dé a uno o, de lo contrario, quejarse de que no le han sido dadas. ¿No puede pedirse acaso a la juventud ese esfuerzo? ¿No ha de ser la juventud una edad de combate y de exigencia, de autoexigencia? ¿De qué sirven, entonces, la vitalidad, la energía y la fuerza creativa propias de los años mozos? La típica actitud contestataria resulta inadmisibles, por estéril y por anuladora.

La misma situación deplorable a la que han de hacer frente los jóvenes en nuestros días marca ya un rumbo, señala una misión. ¿Puede haber misión más incitante que la de contrarrestar el desorden y el envilecimiento imperantes creando un nuevo estilo de vida? ¿Y hay camino más eficaz para lograrlo que esforzarse por encontrar el propio destino y darse forma a sí mismo cumpliéndolo?

Por desgracia, los jóvenes prefieren, por lo general, seguir la honda, conformarse con estereotipos prefabricados y danzar al son que les tocan, antes que plantearse empresas y metas tan exigentes. En vez de enfocar sus energías a la superación del desorden existente, optan por acoplarse a ese mismo desorden, adoptando alguna postura rebelde y contestataria hartamente superficial, más aparente que otra cosa y que, de hecho, no hace sino asumir los vicios básicos del desorden al que habría que poner remedio.

Medrano, Antonio. *La Vía de la Acción*. Majadahonda (Madrid): Yatay, 1998. cap. 7, Pobreza de acción y de vida, p. 237-242.

¹ L. Rivera Pérez, *La juventud malograda*, cit, pp. 295-338.